

## Försterstrasse 41

*Zulema Moret*

—Buscáte un tipo que te trate mejor - gritó desde la otra habitación, antes de salir. La tarde se desgranaba en soliloquios. Al fondo del balcón, el bosque, una escenografía descarnada bajando el telón del invierno.

La mujer se frotó las manos con nerviosismo. No respondió.

Clavó los ojos en el telón jaspeado de verdes, marrones y noche.

Grete le había dado la llave de la casa el día anterior, antes de partir de vacaciones y ella se había comprometido a dar de comer a los pececitos y a los gatos de las vecinas de arriba.

Mientras miraba el bosque sintió el frío de la llave en el bolsillo y le pareció una suerte de llave de seguridad, como cuando una bomba está a punto de estallar. La llave comportaba la presencia de otro espacio y el vestigio de ese otro espacio le brindó una suerte de calma.

Bajó hasta la entrada, miró en el buzón correspondiente y descubrió una carta. Era su viejo amigo Mario, quien le escribía desde París.

Una alegría inesperada le cambió el humor, rechazó los pensamientos más negativos que desde hacía días le quitaban el sueño y la sumían en un callejón sin salida.

Miró hacia la habitación, el hombre aún no había llegado y caviló una vez más sobre las palabras pronunciadas por él antes de salir, tan a menudo repetidas durante esos últimos meses. No se trataba de encontrar a alguien mejor. Se trataba de su supervivencia, de su integridad, de su no-traición al pasado. Se miró en el espejo. La piel aparecía arrugada, vieja; no lograba reconocerse.

El frío del invierno seco del norte se la había resquebrajado y minúsculas erupciones, que ella rascaba sin cesar, se transformaban en marcas, pequeños cráteres.

El insomnio se volvía una pantalla negra, constante y las escasas noches en las que lograba conciliar sueño, retornaba la misma pesadilla, a la misma hora. Esa vieja encorvada que se moría, su cuerpo sin carne, apenas piel y huesos y el rostro apretado. Entonces se levantaba, miraba el reloj y se asomaba al ventanal, rasgando la neblina que sobre el vidrio fundaba la calefacción.

Abrió el grifo hasta que la bañera se llenó de agua tibia.

Puso el cassette que tanto le gustaba y se sumergió con lentitud en el agua tibia, ese rito diario le ayudaba a relajarse, a soñar, a recordar los mejores momentos de los últimos años.

No atinó a escuchar los pasos de él, ensimismada como se hallaba en ensueños, entre playas caribeñas, palmeras que siempre terminaba dibujando en papelitos y servilletas de los cafés.

El se asomó al baño y se quedó detenido en el marco de la puerta.

—Tendrías que vivir en Arabia, donde no hay agua, inconsciente - le gritó desde el borde.

Ella, con la cabeza bajo el agua, evitó escuchar otro mensaje tan reiterativo en ese último tiempo. Jugaba en el agua tibia mientras los músculos se distendían, el pelo largo se enredaba contra las paredes de la bañera.

No respondió.

Cambió la cinta mientras se secaba y se encerró en su habitación.

El telón de fondo era en aquel momento una noche cerrada por la neblina.

Sin solicitar permiso, el hombre entró furioso a la habitación:

—Así que todavía te escribe ese judío, ese filósofo de café... - su voz sonaba como un disco rayado.

El cuerpo le empezó a temblar y se condenó a sí misma por haberlo admirado alguna vez, le dolió haberlo amado.

La carta voló por el aire.

Ella gritó: Basta

El continuó removiendo historias sepultadas, plagadas de celos infantiles.

Ella lo miró mientras buscaba las llaves en el bolsillo de la chaqueta y verificaba que se encontraban como a la espera.

Le subieron una vez más las lágrimas. Supo que no serían las últimas, mientras se colocaba la chaqueta sobre el pijama humedecido por el pelo mojado. Le miró a los ojos fríos y apareció una mirada inexpresiva.

Hipócrita, estafador, le dijo.

Me voy, no puedo más, al menos él me trataba mejor, murmuró entre llantos histéricos.

Que ese judío asqueroso te pague la comida, fue el último mensaje que escupió su boca.

No alcanzó a escucharlo completo. Salió a la noche.

Ya no había más autobuses y apenas tenía dinero y la llave en el bolsillo.

Un viejo Citroën con cuatro disfrazados se detuvo.

Entonces recordó que era Carnaval.

El Arlequín le preguntó asomando la cabeza:

—¿Adónde vas?

—Al centro de la ciudad, a la Försterstrasse.

La dejaron cerca.

La Muñeca, asomando la cabeza por la ventanilla del coche, le gritó:

—¿Vamos a bailar, dormilona?

Ella apenas balbuceó una respuesta agradecida y salió como un disparo.

La casa estaba sola.

Una suerte de dolor atemporal se instaló en el cuerpo. Se puso la ropa de Grete que le quedaba bien y se acomodó frente a la pecera.

Los pececitos bailaban. Concentrada su mirada en esa danza irregular, en aquel desfile agradecido revisó los últimos acontecimientos.

Respiró profundamente. Esa noche no logró conciliar el sueño.

Por la mañana la luz tibia iluminó la pecera, filtrándose a través de las cortinas antiguas que daban calidez al recinto.

Recorrió toda la casa.

Era un edificio muy antiguo, con cuatro plantas, habitadas por grupos de gente joven, alternativa, diferente.

En la planta de arriba vivían sólo cinco mujeres.

Hacia la noche, una de las vecinas de la planta baja la invitó a tomar un té.

Aceptó y se disculpó como pudo por su falta de interés y su imposibilidad por seguir una conversación ordenada.

El té la reanimó.

A los pocos días, con la llegada de Klaus, Ute, Grete y Thomas las actividades volvieron a la normalidad.

Ute recibió confirmación de su viaje a Dublín, había ganado el concurso en la Comunidad Europea como traductora. El grupo le comunicó que podía quedarse a vivir allí y que por el momento no debería preocuparse por los gastos. La noticia la tranquilizó.

Durante unos días ayudó a Ute a armar su equipaje, se acomodó en la habitación vacía y pensó en los muebles que debería encontrar, y sobre todo, en tratar de conseguir un trabajo. Llamó al Cordobés y a la Santafesina y les contó lo sucedido.

Le escribió a Mario a París, rechazando su invitación.

No tenía dinero ni coraje para pedirlo prestado. Era imposible ir a ver a Mario y repetir siempre la misma historia. El cuerpo, cansado le continuaba doliendo. Recordó que debía recoger sus cosas aún en la otra casa. No tenía valor para llamar, habían pasado ya dos semanas desde su partida.

Aquella noche, el teléfono sonó y resolvió su incapacidad de decisión.

—Ven a recoger tus cosas, debo alquilar la habitación y devolvé las llaves- le espetó por teléfono.

Ni que fuera una criminal, pensó con dolor, ni siquiera la oferta de ayudarla... Por una amiga se enteró que él se iría de viaje ese fin de semana y decidió que sería la mejor fecha para empacar y entregar la llave.

Por suerte el Cordobés vendría a buscarla en una camioneta para ayudarla a transportar los libros, la ropa y algún recuerdo.

El sábado, después de comer, se dirigió al piso. Con la seguridad de saber que él no se encontraría entró sin llamar, cuál fue su sorpresa al advertir una cabeza rubia, de pelo muy blanco, asomando por el sillón, una pipa de perfil y unos pies sin zapatos, delineados por debajo.

El hombre se levantó y se presentó.

Ella se disculpó como pudo y entró a la habitación. Comenzó a guardar todas las pertenencias sin tiempo para la nostalgia, para advertir pérdidas o extravíos, futuros motivos de reclamos.

Unos cuantos bolsos y la maleta gigante que habían comprado en Nueva York sirvieron para contener todos sus bienes.

Estaba algo nerviosa y el visitante no tardó en advertirlo.

—Quiere un té, o una cerveza, relájese un poco, yo le ayudo con los bolsos.

—Un té, por favor, ya vendrán a buscarme... gracias. ¿Se quedará por mucho tiempo?

—Soy noruego, la Universidad me ha destinado a este Instituto para concluir una investigación iniciada mucho tiempo atrás en Italia.

Hablaba con un tono de voz muy calmo y en un inglés de acentos fuertes, exagerados.

—Si quieres hablamos en alemán - le dijo.

—No, prefiero en inglés, me cuesta menos pensar.

El té olía a jazmines y pudo relajarse y contar parte de lo sucedido en los últimos meses.

—Nos separamos, sí, después de unos cuantos años...

—No me dijo nada de esto, debió avisarme.

El sintió lástima, no compasión. La mujer parecía al mismo tiempo tan vulnerable y a los escasos segundos dueña de una soberbia y una fuerza que no coincidían con esta debilidad.

“Ni regó las plantas ni limpió el piso, la casa parece un caos,” masculló para sí y mientras observaba al Vikingo se rió pensando “otro bárbaro del Norte.”

—Nunca informa lo que no le conviene. Prefiero no hablar. En media hora vendrán a recogerme.

—Si llama alguien o llegan cartas yo puedo guardarlas y avisarte - le dijo con tono cálido—he pasado por alguna situación semejante. Todo pasará. Lo sabemos, pero igual duele.

Ella guardó silencio. Esa había sido su casa, su hogar y ahora todo terminaba en una conversación con un Vikingo cuyo nombre ni siquiera lograba retener.

—Ah, por unos días tendrás cama, pero luego vendrá a buscarla un amigo. No tengo cama en la casa donde vivo... puede que te consiga una, te avisaré, ¿dónde te puedo dejar un mensaje que no sea aquí?

—Puedes llamarme al Instituto, pregunta por ... - le extendió una tarjeta con sus datos.

Sonó el timbre, era el Cordobés. El Vikingo le ayudó a bajar la maleta, los bolsos y bolsas de plásticos.

Dejó todos los platos, los cubiertos, con la conciencia de que ya no tenía casa ni posible hogar, de sólo pensarlo el nudo en la garganta le oprimió el pecho, la respiración se hizo entrecortada y los deseos de llorar se detuvieron en el mismo lugar de siempre.

El lunes por la mañana sonó el teléfono, su voz la despertó con tono de amenaza contenida:

—Lo único que quiero es que te vayas. Te pago el pasaje, con tal que abandones esta ciudad.

Ella se sintió segura al responder:

—No me voy, sabrás lo que es una mujer y no quiero ningún pasaje, las estafas morales no se pagan con pasajes. Sólo necesito conseguir trabajo y lo conseguiré.

Por la noche la llamó Alina, tenía una buena noticia para darle, había un proyecto de arte para llevar adelante con los hijos de los trabajadores inmigrantes italianos y había pensado que ella lo podría realizar.

Se reunió en el Consulado con Ivo y Gunter, un especialista en Sociolingüística, quien- con la distancia nórdica que los caracterizaba - puso sobre la mesa diagramas, datos, encuestas, y frecuencias de entrevistas.

Ella no podía concentrarse, pensaba en cuál es el camino a seguir en las diferencias, en las grietas que marcan las vidas de los otros.

Al salir, Gunter la invitó a tomar un vino. Pensó estoy viva, funciono, soy una mujer sola, tengo treinta años, la vida debe seguir.

Mientras Gunter le hablaba cayó en una suerte de somnolencia. Al rato se despertó en una cama de un lugar desconocido; él se acercó, la cubrió con una manta. Es el miedo, le dijo, te ibas quedando dormida mientras te hablaba, te traje aquí, no sé donde vives. Repuesta ya de su estado nebuloso se dejó llevar a su casa.

Ese día era martes, recordó que había quedado con Claudia en ir a recoger muebles. Necesitaba el colchón prometido al Vikingo y un escritorio para ella.

Salieron con Claudia y la bicicleta. El frío del invierno no les permitía detenerse demasiado.

Dudó. Un colchón nuevo asomaba en la esquina de Friederichstrasse y Berlinstrasse. Lo recogieron y lo ataron sobre la bicicleta.

Empezaron a cantar en suave voz y de golpe la mujer espetó:

—No empecemos, Claudia, no hay ni debe haber lugar para la nostalgia.

—La vida sigue y sólo quiero recordarte algo, por última vez, ese tipo era un dominante, o ya te has olvidado? Era un opresivo...

—Era - le contestó - pero lo amaba.

—Cambiano de tema, ¿cuándo empiezas con el nuevo trabajo? ¿y ese colchón, para quién es?

—Para mi sustituto, el Vikingo, el nuevo investigador, lo dejé sin cama.

—Que se la busque él- protestó Claudia.

—Parece buena persona... él no tiene la culpa de que semejante animal le haya alquilado mi habitación, perdón, la que era mi habitación.

Habían hecho una buena selección: el colchón para el Vikingo, dos alfombras y una repisa casi nueva para la habitación de la casa. El Tucumano le había regalado un armario y la habitación pronto estaría casi lista.

Al día siguiente, como extraviada, intentó sonreírle a la mañana gris y neblinosa. Era el mes de marzo y el invierno aún se obstinaba en volverlo todo más oscuro. Se refugió en el Jonathan Café y reconoció a alguna gente. Al menos había cafés pasables sin máquinas ni televisores, con habitaciones para que los niños jugasen sin interferir en el diálogo de los mayores.

Una música llamada de la Nueva Era relajaba los ánimos y a veces los volvía casi insípidos. Ese mismo día lo encontró en el comedor de la Universidad. El Vikingo estaba solo y después de comer en silencio, concentrado cada uno en sus fideos con salsa, compartieron un café ligero.

—Tengo el colchón- le dijo, pero ocultó que lo había recogido en la calle.

No creyó que importara demasiado este detalle en ese país tan ascético, en el que ni los médicos se acercaban demasiado a los enfermos, sobre todo a los enfermos extranjeros.

Al día siguiente el Vikingo la invitó al cine y recogió el colchón. Le entregó algunas cartas y guardó una estricta reserva respecto a su locatario.

Mientras él le explicaba detalles sobre su estadía de dos años en Italia, ella comenzó a adormecerse.

Desde hacía un tiempo si algún amigo la invitaba a salir, ella se quedaba dormida. Sintió que las palabras se alejaban como viniendo de otro tiempo y pidió disculpas.

El la condujo en silencio hasta la casa.

La convivencia con los tres compañeros le resultó agradable y solidaria. Aprendió a amasar el pan, a disfrutar los domingos de largos desayunos, con agradable música de fondo. En una pizarra junto al teléfono escribían las palabras desconocidas para ella; en poco tiempo el nuevo idioma se transformó en una herramienta más sencilla.

Se turnaban en la limpieza, en la recogida de trastos; las compras y la distribución de tareas fue algo natural. Un cierto desorden horario inundó la casa con su presencia. Las llamadas a altas horas de la noche desde el exterior, las visitas intempestivas de gente proveniente de otros países, los jueves de cena compartidos.

Una reunión con Alina, la amiga checa y con el jefe de proyectos la tranquilizó sobre su futuro inmediato. Empezaría a trabajar a la semana siguiente.

Se acercaba la primavera y su cumpleaños.

Llegaban los treinta y las amigas le propusieron organizar una fiesta.

Se sintió casi entusiasmada con la idea.

—Vida nueva- le dijo a Pilar - a comprarme ropa.

El trabajo marchaba bien y cada día hablaba mejor el idioma. Mientras tanto había visto a su ex del brazo de una hermosa mujer.

La próxima víctima, pensó con sorna, pero después de todo el mundo está hecho de todas las cosas, también afirmó en un monólogo que se hacía interminable, mientras atravesaba el bosque ya limpio de nieve.

Para Semana Santa los visitantes se organizaron en torno a la casona, se marchaban sus compañeros y venían amigos de visita: Anne Marie, la francesa, Jorge, el venezolano.

—Un clavo saca otro clavo - le decía Annie.

Ella lo negaba rotundamente.

—Con lo que dura un duelo y los míos son lentos, lentísimos.

Sin embargo iba progresando, ya no se dormía, disfrutaba de los jueves de cena y de algunas noches en un pub de algunos amigos españoles.

Organizó la fiesta con todo detalle. El viernes, hacia las siete llegó el Cordobés, luego el Tucumano y le siguió el Santafesino. El Vikingo se asomó por la puerta del comedor con una maceta de flores anaranjadas y con voz contenida murmuró: “Felicidades.”

—Qué expresivos estos vikingos - musitó Claudia.

Se rieron. Llegaba y llegaba gente: conocidos, caras nuevas. Thomas, el traductor, y Ewa, tan hermosa como siempre.

Progres, verdes, anarcos, compañeros de los grupos de danza, un amplio espectro afirmaba posiciones. Aún latían en sus ánimos los inicios de los ochenta.

La mesa lucía ensaladas con las más variadas combinaciones: piña y curry, ciruelas pasas y bananas con cebolla, cada uno había expresado su habilidad culinaria y bastaba con mirar los colores de la mesa recién servida, para advertir que un nuevo clima inundaba la casa.

Así comenzó la fiesta.

De la misma manera, se mezclaron las músicas: bossa nova, cumbia, valeses, pasodobles, cueca y hasta una chacarera. Junto a la nostalgia del tiempo ido.

El Tucumano la sacó a bailar y terminaron enredados en una cueca que parecía interminable.

El piso de madera crujía y hasta las mujeres de la planta baja se unieron a la fiesta.

A las once se decidió y ya descalza sacó a bailar al Vikingo.

Mano a mano se perdió en el azul claro de sus ojos.

—Sabe moverse el inquilino - comentó sonriendo Claudia.

—¿Qué pasa? - le preguntó él mientras se sonrojaba.

—Que bailas bien - le respondió sonrojándose también.

El se retiró hacia el fondo de la habitación, escapando de la sala de baile, renovándole las ganas de vivir, de amar, de ser amada.

Hacia medianoche recordaron que no habían solicitado el permiso a la policía y si no terminaban la fiesta corrían el riesgo de que les cobraran una multa.

El inquilino se despidió con reservas, mientras le murmuraba al oído:

“Mañana te invito a pasear a una ciudad encantada.” Ella no se animó a preguntar si encantada o encantadora.

Al cerrar los ojos para dormirse, cansada, casi feliz, tuvo presentimientos, recordó los cuentos de la infancia y se dijo, ya adormecida, mientras los peces de la pecera, los mismos que habían observado sus sollozos en una noche no tan lejana, parecían tragarse sus pensamientos: “Demasiada Bella Durmiente, demasiado Príncipe Azul en el camino.”